

CIELO AZUL

A la poetisa

Evangelina Maña Cavalcanti.

Recibo «Cielo Azul», obra estupenda

que culmina en idioma Lusitano;

y, pese a que me expresó en Castellano,

ello no es óbice para que la entienda...

Debo mi gratitud a tal ofrenda,

y testimonio aquí mi juicio sano

a esa gran obra de sentido humano,

valiosa y ajena a toda enmienda.

Semejante a la linfa cristalina;

bello y limpio es tu verso, Evangelina;

pues destaca fluidez, ritmo, armonías...

Y de tu dulce realidad poética,

jamás se esfumará la forma estética

en el rodar continuo de los días!

Rufino SAUL

GLOSAS

¿Hacia la hegemonía del Oriente?



A pasado mucha agua por el molino desde que Spengler publicara su famoso libro «La Decadencia de Occidente». A partir de esa fecha cuántas transformaciones, cuántos profundos cambios se operaron en las estructuras políticas de pueblos informados por lo que ha dado en llamarse civilización occidental! Y paralelamente, casi en reciprocidad al debilitamiento de muchos de ellos, el engrandecimiento hipertrófico de otros y la aparición súbita como Estados soberanos en la vida política internacional de los que hasta ayer sólo eran reflejo de la cultura y civilización que durante siglos de incesantes trabajos y sacrificios recibieron de la nación protectora.

Naciones constituidas en estados autónomos perdieron su independencia y aun su propia personalidad absorbidos en la ingente mole del coloso ruso como los Balcanes, los Estados Bálticos, Polonia, etc. Pero al mismo tiempo las razas de color créen llegado el momento de su mayoría de edad política y surge esa magnífica floración de Repúblicas en que africanos, oceánicos y asiáticos ponen en actual vigencia valores un tanto gastados, si no caducos, de la vieja Europa, jugando con el mayor entusiasmo y tal vez no poca ingenuidad a los parlamentos y las democracias en su afán de superar al maestro en lo que de él aprendieron.

Naciones que desaparecen para engrosar otras; países que se desprenden de sus antiguas metrópolis para erigirse en nuevas entidades políticas. Cúmplase así el inexorable proceso sociológico de separación primero e integración después tan profundamente estudiado por Ward, y vemos desgajarse de la inmensa India el flamante Pakistán, al tiempo que se forman esas concentraciones humanas, confusas aglomeraciones de pueblos y razas como la Unión Soviética y la China comunista.

La puesta en marcha de tan colosal potencial humano con ideales opuestos al mundo occidental, ¿significará tal vez para éste el

N. de la R.—Por razones ajenas a nuestra buena voluntad, no aparecieron hasta ahora estos dos trabajos tan interesantes, que nos complacemos en publicar en este número de nuestra revista.

término de su misión rectora en el acaecer histórico que a través de tantos siglos ha forjado la civilización actual, orgullo del hombre fáustico, supremo grado de espiritualidad alcanzado hasta el presente luego de haber superado las más adversas vicisitudes que jalonaron las etapas de su marcha incesante hacia el progreso? He aquí la angustiosa preocupación de la hora actual. Copiosísima es la literatura dedicada al tema y no obstante, dada la vastedad de la materia, no parece que pueda agotarse, pues cada día se producen nuevos hechos no ciertamente tranquilizadores, sino creadores de más motivos de zozobra. ¿Estaremos asistiendo a ese proceso decadente que profetizaba el sabio filósofo alemán? Forzoso es decidirse por la negativa. Aun quedan reservas inagotables en la vieja cultura europea, hoy enriquecida con el inmenso caudal aportado por la noble y poderosa Norteamérica, que en el momento decisivo se ha constituido defensora del mundo libre, asumiendo la función directiva en la lucha contra una concepción del mundo y de la vida, que hace del Estado un monstruo y del individuo un esclavo.

Cierto que el hombre moderno se encuentra desorientado e intranquilo ante el incierto porvenir. Más de un siglo de filosofía escéptica y decadente, pérdida la fe que iluminó las más gloriosas empresas de la historia, ha debilitado su afán de superación hasta culminar su desaliento en este moderno existencialismo vacuo y estéril, que en la imposibilidad de resolver lo que Carlyle llamaba «el gran problema», no encuentra mejor solución que suprimirlo, cerrando de este modo la puerta —como la del infierno del Dante— a toda esperanza. Pero él, el hombre actual, no puede eximirse de su misión providencial en busca de más amplias culturas, de más aptos instrumentos para lograr su propia perfección espiritual y ultraterrena y ha de escoger el rumbo a tomar para conseguirlo. ¿Y han de alcanzarse tan halagüeños resultados con sistemas que cierran el paso a toda expansión libre del pensamiento, que ahoga en su nacimiento todo germen creador, toda idea genial, mientras no se achate y deforme hasta adaptarse a la tiranía dominante? Con toda evidencia es imposible en ese ambiente todo progreso, y así lo hace resaltar Barrington Moore en «Terror and progress». U.R.S.S. Harvard University. Ni tampoco sería factible la coexistencia con él, como engañosamente propalan sus simpatizantes «compañeros de viaje». No cabe acomodo entre sistemas radicalmente antagónicos (Roger Pinto, «Le droit international et la coexistence»). No. El progreso no es posible negando la personalidad del individuo. No es el Estado por sí la última aspiración humana. Como dijo Unamuno, «el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere... es el sujeto y el supremo objeto de la filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos». Por eso no hay más solución, ya que nada ha logrado mejorarla, que la vieja cultura europea, pues como dice Luis Díez del Corral («Sobre las singularidades del destino histórico de Europa»): «Los europeos entendieron y practicaron la vida, tanto individual como colectivamente, tanto social como históricamente, de una manera activa y creadora, fueron capaces de desarrollar el mundo ingente de formas

objetivas de su cultura que desde su viejo solar hoy inunda la faz entera del planeta».

Y es consolador contemplar los nobles esfuerzos que el mundo occidental realiza para convertir en realidad aquella iniciativa del Conde Coundenhove Kalergi en pro de la unidad de Europa, que hoy se vería robustecida con la poderosa Norteamérica y demás pueblos libres para levantar el muro incommovible donde vinieran a estrellarse impotentes las furiosas olas del materialismo asiático.

La ética en las revoluciones.

HAY revoluciones buenas y hay revoluciones malas. Esto afirman todos los filósofos políticos desde Santo Tomás a Locke. La diferencia estriba en la clase de ética que les sirva de motor espiritual. Aunque Lévy-Bruhl (*La morale et la science des mœurs*) no admite la moral teórica y para Durkein no haya otro signo distintivo del hecho moral que la sanción impuesta a ciertas normas de conducta, es indudable que en la conciencia del hombre, independientemente de esa sanción social, vive bien despierto el criterio certero que le hace distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Así Kohler nos habla no solo del derecho sino del *derecho justo*, porque no basta a una norma jurídica ser publicada en el periódico oficial y estar revestida de fuerza coactiva para constituir regla de conducta aceptable por la comunidad. Ha de ser también *justa*, esto es, ha de estar impregnada de un principio ético que deje apaciguado el sentimiento y convencida la razón; que satisfaga, en suma, aquella sed de justicia y de bondad que va siempre unida al hombre normal como compañera inseparable durante su paso fugaz sobre el planeta.

La ética, pues, es indispensable. Todo movimiento revolucionario, para sumar adeptos, precisa enarbolar bandera en donde se hallen inscriptos los más puros principios de moralidad política y social. Lo contrario sólo conseguiría enrolar una banda de forajidos y delincuentes. Poco importa que esos puros principios sean desvirtuados en la práctica, o lo deshonren los procedimientos vituperables que se utilicen para imponerlos. Esto ha ocurrido en casi todos los procesos revolucionarios: empiezan de un modo y terminan de otro. Es frecuente ver a sus promotores desbordados por el sector más radical, hasta ser perseguidos y destruidos, como ocurrió a los girondinos en Francia, a Kerenski y los mencheviques en Rusia y aun a muchos seguidores de Castro en Cuba, que ahora tienen que huir de él para salvarse, defraudados por el deslizamiento hacia la izquierda filocomunista que traicionando los primitivos ideales ha impuesto al movimiento revolucionario.

Toda empresa política puede triunfar si se mantiene la tónica ele-

vada que le dio vida, o fracasará si se la falsea o encanalla, pero la idea primitiva, pura, permanecerá inmutable como faro incommovible que alumbrará otras valientes singladuras a través del mar tempestuoso de las pasiones humanas.

No obstante, en el misterioso acaecer histórico se suceden períodos en que aparece desmentida esa necesidad de ética como garantía de estabilidad en la marcha ascendente hacia el progreso, y, ciertamente, conocemos grandes conmociones, verdaderos cataclismos en la historia de la humanidad, que no pueden pasar como modelos de exaltación de valores espirituales sino como el triunfo de la ambición, de la brutalidad, de la rapiña, y perduran durante siglos marcando catastróficos retrocesos en el camino de la civilización. Aun hoy mismo nos vienen del Oriente concepciones del mundo y de la vida que son la negación rotunda de los más elementales postulados éticos, conducidos por movimientos revolucionarios donde actúan como fuerzas motrices un odio inextinguible, un subterráneo rencor, y como armas de combate la mentira en la propaganda, la deslealtad en los tratados y la crueldad en la represión.

Nos llevaría muy lejos tratar de profundizar en esta aparente contradicción; pero desde luego puede afirmarse de acuerdo con la teoría de Vico de los *corsi* y *ricorsi*, que el camino en que el hombre anhelante de felicidad busca su perfección no es una línea recta continuamente ascendente. Existen en ella frecuentes puntos de inflexión y hasta de retroceso, tras de los cuales desaparece todo lo erróneo y perjudicial, quedando solo lo incuestionablemente útil al progreso. Nada de cuanto se opone a los eternos dictados de la moral es largamente duradero. Imperios, civilizaciones que no se fundaron en ellos lograron en un momento ser poderosísimos y creerse dueños del mundo, mas no perduraron porque llevaban en sí mismos el germen de su disolución. Tales los grandes imperios asiáticos, Egipto, Roma, etc. Y cuando en ese oscuro camino aparece la luz de la verdad, ésta permanece sin debilitarse más de veinte siglos y aumenta constantemente su fulgor en el lento fluir de las culturas y los pueblos.

LUIS RODRIGUEZ-ARIAS BERNALDEZ



RECUERDOS

El Ama

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros

VO no traté ni conocí al poeta José María Gabriel y Galán; no pude tratarle, porque la fecha de su muerte —6 de Enero de 1905— cae dentro de mi más tierna infancia. De sus poesías sí supe muy pronto. Creo que fueron las primeras que leí en mi vida. Su fama en Extremadura durante mi niñez, no tenía límites. Todo el mundo recitaba sus versos de memoria, y yo también los recité desde muy pequeño.

No conocí al poeta, al que por ello no puedo hacer un hueco en estos recuerdos de trato personal; sin embargo, conocí y traté mucho a su viuda, doña Desideria García Gascón, que, aunque por sí no tenga destaque, por reflejo del esposo merece ser recordada.

Era yo un muchacho cuando conocí a los hijos del poeta, Jesús y Juan, con los que pronto me unió una amistad cordialísima. El menor de los dos era mi condiscípulo en los comienzos de la carrera de Derecho. Invitado por ellos fui a Guijo de Granadilla, el pequeño pueblecito de la provincia de Cáceres, en el que residía su madre y en el que su padre vivió y está enterrado. Fue en los días de la Nochebuena de 1920.

Conocí entonces a doña Desideria, que ha muerto octogenaria, en Madrid, el 11 de Septiembre de 1954, casi medio siglo después que su esposo, en los momentos en que Extremadura y Salamanca se disponían a conmemorar el cincuentenario del fallecimiento del poeta.

La viuda de Gabriel y Galán que yo conocí en 1920, era, sin duda alguna, el tipo de «El Ama», inmortalizado por su marido:

«Una sencilla labradora, humilde,
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria».